

Cuadernos del Sur

Año 18 - N° 34

Noviembre de 2002

NUEVAS DIRECCIONES

www.cuadernosdelsur.org.ar
info@cuadernosdelsur.org.ar

Tierra  fuego
del

Alcances y limitaciones de la insurrección del 19-20D

Quienes vivimos y actuamos en este momento, quienes encaramos iniciativas como, entre otras, publicar esta misma revista, nos despedazamos entre el dolor y la esperanza extremos, convivimos e interactuamos con niños desnutridos en un extremo y con obreros autogestionados en el otro. En efecto, la crisis y la insurrección popular de diciembre inauguraron una nueva sociedad donde el marco de lo posible ya no es el mismo, hay lugar para todo esto junto, pero ya no más para esa normalidad de los poderosos reinante durante la década pasada.

Crisis e insurrección tenían su historia. La depresión económica ya era una catástrofe inédita, en cuanto a su profundidad, duración y consecuencias sociales, cuando el modelo de convertibilidad se hundió en el crack de diciembre. Los sujetos sociales que protagonizaron las luchas del 19 y 20 también se habían ido organizando y consolidando durante, por lo menos, la segunda mitad de los noventa. La insurrección, sin embargo, emergió como un nudo de confluencia donde esos sujetos conformaron de hecho una nueva alianza, poniendo en circulación y amalgamando sus modalidades de lucha, con sus piquetes en la *city*, y sus demandas, con el clamor compartido de *¡que se vayan todos, que no quede uno solo!*

Durante estos diez meses que nos separan del diciembre último, esos sujetos sociales, contra muchos pronósticos pesimistas, se sostuvieron y en algunos casos tendieron a consolidarse. Las asambleas barriales nacidas al calor de la insurrección sufrieron una crisis, para lograr luego, en Buenos Aires, reestructurar sus modos de organización –impulso de las comisiones, horizontalidad sin referencialidades representativas, nuevos mecanismos de vinculación entre asambleas, elección de delegados y mandatos–, reorientar sus demandas –hacia las empresas de servicios públicos, las municipalidades– y radicalizar sus intervenciones –con la oleada de ocupación de locales. El movimiento de trabajadores desocupados siguió desarrollando sus

iniciativas de construcción en los barrios y lucha en las calles y, después de enfrentar las represiones del gobierno –con el masivo repudio contra los asesinatos de Puente Avellaneda– consolidó un mayor consenso entre otros sectores de la sociedad. El movimiento de ocupación de empresas por parte de sus trabajadores también registró avances significativos. Se multiplicaron las fábricas cooperativizadas o gestionadas bajo control obrero (Ghelco, Grissinópolis, y decenas de otros casos) y el movimiento se extendió hacia empresas no industriales (Clínica Junín de Córdoba, Supermercado Tigre de Rosario, pizzerías, panaderías) y comenzó a integrarse a través de una red de encuentros y actividades solidarias.

La dinámica profundamente democrática y autónoma puesta en juego por estos sujetos sociales, con sus prácticas asamblearias, su desconfianza ante el estado, su empeño en resolver sus problemas con sus propias fuerzas auto-organizadas, el descubrimiento de las propias capacidades otrora negadas por la hegemonía burguesa es seguramente uno de los rasgos más prometedores de la coyuntura.

Muchos de estos sujetos sociales –ignorados o desconocidos por la gran mayoría– tuvieron ocasión de reunirse e intercambiar experiencias de lucha e ideas en varios eventos recientes. La realización del Foro Social Mundial en nuestro país convocó a unas veinte mil personas en cerca de trescientas actividades que juntaron a trabajadores ocupados con desocupados, a movimientos territoriales con administraciones obreras, a asambleistas con colectivos en lucha por la soberanía alimentaria o por los derechos de las mujeres, de los colectivos por orientación sexual e identitaria y de frentes autonomistas locales e internacionales. El Seminario Internacional organizado por las revistas *Cuadernos del Sur*, *Herramienta* y *Realidad Económica* en el marco del mismo se convirtió, de hecho, en un espacio masivo de discusión de ideas anticapitalistas. Y algo parecido puede decirse de la multitudinaria asamblea nacional de los Autoconvocados por el No al ALCA.

Pero también las debilidades de esa alianza social conformada en las jornadas de diciembre siguen presentes. El movimiento de ocupación de empresas es ciertamente una de las experiencias de lucha mas avanzadas de nuestros días, pero sigue siendo minoritario y estando restringido generalmente a pequeñas y medianas empresas en situación de quiebra o vaciamiento. Su contracara es una notoria ausencia de conflictos de magnitud –incluso de luchas sindicales frente a la pulverización inflacionaria de los salarios registrada durante estos meses– entre amplios sectores de la clase trabajadora, en particular entre los del sector privado.

La amenaza del desempleo y la precarización de los contratos y condi-

ciones de empleo, que siguen intensificándose con la profundización de la depresión económica, parece haber exiliado la lucha de los trabajadores y sindicatos respecto de muchos lugares de trabajo. Un importante contingente de atavismos de corte populista gana nuevamente lugar como alternativa y carga sobre el neoliberalismo, el nuevo tío malo del capital, la cuenta de todos los fracasos. Las intensas revueltas desarrolladas en otros ámbitos podrían operar ciertamente como “catalizadores”, como diría Marcuse, que relancen un proceso de luchas en los lugares de trabajo, desafiando el despotismo patronal reinante y deshaciéndose de las conducciones sindicales burocráticas. Pero por ahora sigue siendo nada más que una posibilidad. La masividad alcanzada por la lucha de los sectores medios en los cacerolazos de diciembre o en los escraches a los bancos y a la Corte Suprema de Justicia durante enero y febrero carece de precedentes. Sin embargo, la experiencia organizativa resultante de aquellas movilizaciones, materializada principalmente en las asambleas barriales, es mucho más minoritaria. Mientras tanto, algunos componentes decisivos y tradicionalmente dinámicos de esos sectores medios –como el movimiento estudiantil– no han entrado en escena y otros –los ahorristas organizados o los comerciantes reclamando seguridad– comenzaron a desnudar la ambigüedad política de algunas de sus demandas.

La lucha por *¡que se vayan todos!*, para retomar la consigna de la insurrección de diciembre, atraviesa un *impasse* y unos cuantos riesgos de domesticación. La debilidad política de la administración de Duhalde es tan profunda que debió adelantar las elecciones con el fin de mantenerse unos meses más en el gobierno. Hoy esas mismas elecciones presidenciales programadas para marzo, en ausencia de un movimiento unitario de rechazo integrado por el conjunto de los movimientos sociales y partidos de izquierda, siguen presentándose mientras tanto como un trámite que se resuelve en la interna del PJ ante la apatía generalizada de la gran mayoría. La eventual administración parida por semejante trámite, en el previsible escenario de un comicio signado por una negativa a votar generalizada, gozaría ciertamente de un consenso apenas mayor al que acompaña a la actual administración duhaldista. El *¡que se vayan todos!* seguiría entonces acechando a los personeros del régimen, pero apenas como una sombra. Mientras tanto, como su reflejo perverso, otra sombra cuida la espalda de los sectores populares: muchos dinosaurios salieron ya de sus cuevas para montar su escenario de amedrentamiento.

Nada de esto debería sorprendernos, de todas maneras. Las coyunturas de crisis profundas y auge de las luchas sociales siempre están atravesadas

de contradicciones, de nuevos avances extraordinarios que contrastan con persistentes atrasos, de innovaciones organizativas que enfrentan la desintegración social, de esperanzas contra dolores. La clave radica, hoy como siempre, en poner en tensión nuestro pensamiento para que sea capaz de reconocer las promesas presentes en la coyuntura y en reorientar nuestras prácticas apostando a esas promesas. A propósito del carácter novedoso de las luchas obreras norteamericanas respecto de las europeas, Mario Tronti señalaba que “las luchas obreras tienen hoy necesidad de *una nueva unidad de medida*” También nosotros necesitamos hoy pensar una nueva unidad de medida: una unidad que nos permita medir los alcances y limitaciones de los nuevos modos de organización y lucha sociales, no con el objeto de observarlos desde lejos, naturalmente, sino con el propósito de aportar a la construcción colectiva de una estrategia. Esta nueva entrega de *Cuadernos del Sur*, desde los artículos e intervenciones a propósito de los movimientos sociales en curso en nuestro país, pasando por el debate alrededor del *¿Qué hacer?* –ese referente ineludible de las discusiones organizativas de la izquierda del siglo XX– en su primer centenario, hasta los artículos sobre la política de otros países latinoamericanos, aspira a contribuir a aquella tarea.

ALBERTO BONNET

Buenos Aires, noviembre de 2002



Cuadernos del Sur

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos de Latbook (libros y revistas)

Disponible en Internet
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>